AÑO XXIV. — Nº 1162. EL DIA MONTEVIDEO, ABRIL 24 DE 1955.



EL "PAMIR"

Velero alemán escuela de grumetes. huérfanos de guerra, que en viaje de instrucción pasó por Montevideo.



CONCURSO DE BELLEZA EN EL MANSO

El arroyo no tenía nombre. En el tiempo del acontecimiento que vamos a historiar el hombre no había pisado su monte —espesísimo— ni bebido sus aguas —plácidas y azules—. Así es qué en el lenguaje humano no existía palabra que lo designase. En cambio, el bicherío que poblaba sus costas y su corriente lo había bautizado con el de Manso, después de muchas asambleas borrascosísimas.

—¡Que va a ser manso —alegó un zorro en una de ellas— si cada vez que se encrespa arrasa con tuito!

—Como tuitos los mansos... —arguyó don Ñacurutú que en esos años tenía voz y voto.

El caso es que a la población del Manso le dió por hacer un concurso de belleza entre las flores de su selva. Y después de mucho conciliábulo, chisme, incidente, secreto, influencia, amenaza y comadraje, el fallo quedó suspenso, pues hubo empate entre una hija del Ceibo y una hija del Camalote.

El Camalote tenía su tribu extendida en uno de los amplios meandros del Manso. Sobre su ancha, humedecida y reluciente esmeralda destacándose sobre todas, había una flor de jamás igualada belleza. La prodigiosa filigrana que ornamentaba sus pétalos, la tonalidad violeta que, según la intensidad con que el sol la besara, se afirmaba o desvahía, la elegancia de sus formas y la pureza de sus líneas, hacían de ella un real portento. Más de un Martín Pescador quedó olvidado de su estómago durante horas, petrificado sobre una rama de sarandí, suspendido de aquella maravilla. Y diz que hubo también un bagre romántico el cual, después del mediodía se tendía en un claro del camalotal, y haciéndose acunar por la movilidad casi inmóvil de las aguas caía en largos éxtasis contemplando aquel incomparable esplendor.

Pero... sobre ese mismo camalotal, rompiendo una de las líneas marginales del arroyo se erguía un ceibo. Un ceibo gigantesco de agrietada corteza y de opaco verdor. Casualmente ese año del concurso había hecho eclosión en su ramaje una maravilla entre las maravillas de su floración. No había chispa, ni brasa, ni llama que llegara a igualar la vividez deslumbrante de aquel rojo que hasta la misma sangre envidiaría. Los cardenales palidecían su copete y los churrinches su pecho ante aquel rubí rutilante.

—¡Nunca don Ceibo crió cosa más linda! —decía una urraca.

—¡Ni la criará nunca! —completaba su compañera.

El caso es que hubo dos reuniones más y el empate siguió firme. Tres o cuatro veces quiso intervenir en las mismas don Ñacurutú. Pero ya se le había quitado, por unanimidad, el derecho de voz y voto. Como era filósofo le envidiaban; como era austero le repudiaban; como era nocturno le temían. En otro tiempo, cuando podía opinar como los otros y discutir con ellos, cortaba ciertos desplantes con una de sus carcajadas clásicas. Estallar esa escala de notas escalofriantes y enmudecer todo el concurso era cosa sola. Todas las razones morían ante esa tonante, irónica, sarcástica y profunda razón. Dicha carcajada convencía y lapidaba. Por eso don Ñacurutú en las discusiones habidas para dar el cetro a la máxima flor no pudo expresar su pensamiento, aunque intentó hacerlo muchas veces.

La cuestión es que el tiempo pasaba, el ambiente se enardecía y la señorita Ceibo y la señorita Camalote ya estaban reventando de vanidad y de soberbia. Y lo que es peor: antes del concurso se miraban, se hablaban, se querían, y loaban sinceramente sus bellezas. Ahora habían llegado al odio...

Fue cuando estalló una de esas tempestades propias del estío, con lluvia torrencial, horrísona tronada, y viento ululante. Tembló el monte, se hinchó el Manso y su corriente, rauda y tajante, desarraigó el camalotal y abatió el ceibo, y los juntó en la procesión de muertos que solemnemente marchaba en su corriente.

Al otro día salió el sol, sosegóse el arroyo, y la explosión de su cólera quedó sobre un playo dilatado, en una resaca que era el caos. Allí habían crías de gatos monteses, pájaros y árboles finados. Y en ese dramatico entrevero, golpeadas, aplastadas, estaban casi tocándose la flor del Ceibo y la flor del Camalote. Toda la población de las aguas y de la selva contemplaba calladamente la catástrofe. Muchos lloraban. Pero era un lloro sin lamentos, silencioso y, por eso mismo, imponente. Allá estaba don Ñacurutú entre dos zorros, también pensativo y dolorido. Así velaron durante horas...

Hasta que uno de los zorros que a la vera del filósofo suspiraba, le dijo en voz baja y temerosa, señalándole las flores:

—¿Qué le parece, don? ¡Tanto que nos jugamos por ellas, tanto que peliamos y descutimos...!

—¡Descutimos no! —lo atajó don Nacurutú— ¡Que a mí no me dejaron abrir la boca! Que si me la hubieran dejao abrir yo les había dicho que era una soncera! ¡y muy grande! y una pavada ¡y muy superior! querer hacer una flor más que las otras y ponerle corona...!

(Aquí el viejo empezó a levantar la voz, y la fue subiendo a medida que hablaba, hasta que sus palabras llegaron a cobrar una potencia impresionante).

—Por que díganmé una cosa: ¿hasta ande iba a llegar el pueblo, nuestro pueblo del Manso? ¿Qué íbamos a ganar conque hubiera salido en punta la niña Camalote o la niña Ceibo? Entodavía no se había dao el fallo y ya se habían desarreglao tuitos ustedes. Los pirinchos no se saludaban con las gallinetas, ni los benteveos con los magullones. Los carpinchos tuvieron dos atracadas de mi flor con los aguarases, y las mesmas mozas de la causa se insultaban a tuitas horas, perdiendo —pa mí al menos— la lindura que antes tenían. Y ahí andaba don Burucuyá resentido porque él también tiene hijas ¡y bien lindas canejo! y doña Madreselva lo mesmo, y naides se acordó de ellas. Y no sigo con la lista por ser muy larga. Al Picaflor lo corrieron de una riunión porque alegó que serían la niña Ceibo y la niña Camalote las más lindas pero no las mejores. Y lo mesmo alegó doña Avispa diciendo, las dos, que habían muchas de boca más dudce que las mentadas. ¿Qué entienden por lindura ustedes? Porque la flor del Macachín, petisa y sencilla, tiene el corazón bien suave. Y hay otras que sólo de olerlas uno ya se siente en el mesmo paráiso. ¿No ven, bando de alocadas y manada de brutos, que la muerte al fin nos nivela a tuitos? Y si es asina, ¿por qué no nos nivelamos en la vida y semos tuitos de la mesma laya, sin dejar de cumplir la ley que nos manda comer y dormir y criar los hijos sosegaos? Yo me apeno por estas mozas que ahí están deshechas dispués de haber sido tan famosas. Pero también me apeno por esos cachorritos de gato, y por esos pichoncitos de sabiá que ahí están patas arriba, y por tuito lo que el Manso arrastró, también cumpliendo su ley.

(Tomó un resuello don Nacurutú pues la arenga había sido larga. Y mientras tragaba aire contempló todo el pueblo suspenso. Luego siguió:)

—Ustedes han dicho, y dicen, ¡tuitos ustedes!, que mis hijos cuando gurises son más fieros que mandinga. Yo nunca me enojé por eso porque pa mí son lo más precioso y gracioso que ha habido ni habrá. Vea cualquiera como le parezca las cosas y grítelo; pero sin mermurar, ni rebajar a otros. Eso es lo que debe ser. ¡Y marche cada uno a su casa, dejen de estarse ahí estaquiaos, compungidos, de cara estirada y moco cáido, que asina no van a arreglar lo que está desrreglao. ¡Y naides me conteste porque le suelto una risada de esas que no tienen retruque!

Entonces el pueblo del Manso empezó a desfilar lentamente. Una comadreja colorada le dijo a un lagarto, como secreteando:

—¡Pucha bicho ruin, siempre ha de decir la úlltima palabra!

Y le respondió el lagarto:

—Lo pior —o lo mejor— es que siempre la dice bien dicha...

José MONEGAL.

(Dibujo del autor).

(Especial para EL DIA).

MALDONADO SE MUERE SIN UNA QUEJA



Estampa fernandina. Grabado de Petrona Viera.

MALDONADO, 1955. Otoño y crepúsculo. Como una ostia que volviera al cáliz del sacerdote, el sol se está hundiendo en la Laguna del Sauce. Grandes nubes redondeadas toman primero color salmón, luego naranja, y finalmente rojo como el resplandor de un incendio, sobre los pinos de Punta Ballena. Del otro lado de la ciudad, nieblas que se levantan de los valles se preparan para componer a la tierra su tocado nocturno.

Caminamos por las calles de la ciudad fernandina, huyendo de los altavoces que están en la plaza principal y que llenan el aire —allí frente a la iglesia del siglo XVIII y del sitio que ocupaba la Casa Capitular— de músicas vulgares, reclames comerciales, voces engominadas de boleristas.

En la calle Dodera hay una tapia. Su pared centenaria es más bien una piel de tonos apagados, donde los años han dejado su huella como en dorso de la mano de un viejo. Sobre la tapia asoman floripondios, cuyas grandes flores penden como lámparas. Jazmines del país cubren con sus pequeñas estrellas blancas el resto de la tapia. En la casa, en ese instante, alguien está tocando un piano de voz antigua. En el jardín se destaca el árbol más hermoso de la ciudad: una alta araucaria, enhiesta como las jarcias de un barco. Damos unos pasos atrás en la calle para admirar la tapia y el jardín, y debemos saltar porque pasa rozándonos a velocidad un omnibus repleto de turistas y de maletas. Nos deja envueltos en una nube negra de olor asfixiante que mata al suave olor de jazmines que aspirábamos. También la música del piano ha muerto.

En una casa de la calle Ituzaingó hay una reja. Dibuja una rosa de hierro forjado entre flores de lis, y revela la forja cuidada de un maestro de obra. Detrás de la reja, una vieja ventana está cerrada por unas maderas transversales clavadas. La casa, semiderruída, está vacía. Pero el sortilegio que fluye de la reja tiene tal encanto que quedamos detenidos en su contemplación. Y vemos abrirse los postigos y aparece una habitación de hace cien años con muebles decorados, cortinas, paredes con retratos en medallones ovalados. Por una ventana se advierte un patio español, lleno de plantas, y en él una joven mujer lee una carta llegada quizás de la capital, o, ¿por qué no?, de un barco inglés que cruza en estos momentos el océano. Como un espejo al caer, esta representación mental se rompe en mil fragmentos, pues está pasando un monstruoso altoparlante que con voz estentórea da cita a todo el mundo para aplaudir esta noche al excepcional "show" internacional que debuta en una "boite" de Punta del Este. Y cuando pasa el camión y volvemos a la ventana, ya ésta ha cerrado sus postigos, que aparecen tapiados por maderas transversales fuertemente clavadas.

*

San Fernando de Maldonado, la ciudad y plaza fuerte más importante del Este, fue durante dos siglos disputada por los conquistadores. Fundada en 1757, debió, en realidad, ser la capital y el puerto del país si Bruno Mauricio de Zabala hubiera cumplido con rigor las instrucciones recibidas de Felipe V. Tomada por los ingleses en 1806, fue pronto recuperada. En 1810 fue la primera ciudad del virreinato del Río de la Plata que adhirió a la revolución de Mayo, anticipándose en muchos meses a Montevideo.

Más tarde, durante la dominación portuguesa, el Barón de la Laguna quiso hacer de Maldonado la capital cisplatina. Durante la Guerra Grande, luego de la derrota de Rivera en India Muerta, Maldonado fue ocupada por los argentinos, que dominaron en ella varios años. Los célebres naturalistas Augusto de Saint Hilaire y D'Orbigny estuvieron en esta ciudad y de ella hablaron en sus crónicas. En 1830, Darwin vivió en Maldonado durante dos meses y medio, y en las memorias de su viaje al Plata describe con minucia la naturaleza de esta región.

Dado su valor histórico y la riqueza de recuerdos de las diversas épocas, Maldonado pudo haber sido una ciudad artística a la manera de Brujas en Bélgica, San Gimiliano en Italia, Avila en España. Pero desde hace unos años, en su proximidad, Punta del Este ha crecido en belleza, esplendor y prestigio. Hoteles que valen cifras millonarias, centenares de chalets hermosos y bungalows agradables, casinos, countrys, clubs de golf, de tenis, de yacht, de pesca, prestigiosas fiestas internacionales y millares de pinos que han crecido "con luz de luna en sus copas". Y tan bello lugar de seducción, pleno del confort moderno, está unido a Montevideo por carreteras que no tienen necesidad de pasar por Maldonado. Y ésta, a la manera de esas partes del organismo que se atrofian porque quedan fuera de circulación, se está secando. Como una hoja de helecho puesta dentro de un libro.

*

Ahora, sobre el bosque de Maldonado se está levantando la luna. Después de una extensa claridad dorada, apareció la luna llena, redonda y resplandeciente como un caldero de bronce. Las copas de algunos árboles recortan su silueta en el círculo de oro, pero pronto éste se eleva, alejándose de los elementos humanos, para darles al cielo y a las nubes un aspecto telúrico, mineral, de mundo deshabitado.

Por la noche, Maldonado recupera su carácter colonial. Los comercios se cierran y se apagan los letreros de tubo lux. La grita de la plaza enmudece. Los cines se apagan y cesa, ¡al fin!, el timbre agudo que, como un grillo permanente, molestaba los oídos. Las calles quedan en la penumbra. Y, entonces, como sombras embozadas, salen a transitar los recuerdos que la luz viva y los ruidos molestos ahuyentaban.

La Catedral destaca su silueta como un gran relicario sobre la ciudad, y en los azulejos de sus torres la luz de la luna se quiebra en plata líquida. La Torre del Vigía, donde en el correr de un siglo flamearon sucesivamente los pabellones español, inglés, artiguista, portugués, brasileño, argentino y nacional, está aún en pie, y su blanca torre es el periscopio a cuyo través los muertos ilustres de Maldonado están mirando la historia contemporánea. El molino de Fossemalle da fisonomía castellana a la llanura donde la luna extiende su sábana.

Caminando, la noche avanzada, por las solitarias calles fernandinas, salen a nuestro encuentro testigos todavía en pie de las épocas sucesivas de su rica historia. Ruinas de una casa primitiva en la calle Ituzaingó, hablan de la época del Señor Regidor Real. El gran portal del Cuartel de Dragones conserva la marcial apostura de aquel capitán José Artigas, allí destacado en 1798. En la plaza del Recreo, el Marco del Rey recuerda las disputas entre Joane V "Lusitanorum Rege Fidelissimo" y Ferdinando VI "Hispano Rege Catholico". Y amplias casonas que encontramos al paso evocan un tiempo de trajes de miriñaque, abanicos pintados, relojes de pesas, perfumados arcones. Pero la luna es plena y su luz indiscreta también nos muestra las heridas por las que Maldonado se desangra.

En la calle 18 de Julio había una casona de la que sobrevive una puerta de madera con dragones y emblemas tallados, y medio frente de la época colonial. La otra mitad del frente ha desaparecido y en su lugar hay una apretada casa económica, obra de un constructor moderno que trabaja a precios muy convenientes y ha hecho ya varias docenas de casas del mismo molde. Prestidigitador de mecanismo invertido, sacude su mantel sobre un jarrón con flores y lo transforma en una caja de zapatos.

Un alto cedro impone su majestad vegetal sobre toda una manzana de casas bajas. Atraídos por su gallardo donaire, nos vamos aproximando a él y cuando estamos cerca vemos que la quinta a que pertenecía es ahora un taller mecánico y gomería. Autos desarticulados, motores desarmados, llantas oxidadas, ponen la impronta de esta época a explosión junto al tronco añoso del noble árbol señorial. ¿Se puede, acaso, sobrevivir a estas heridas?

*

Y luego, la más reciente y grande humillación.

Hace un siglo y medio, los invasores ingleses llegaron en sus barcos frente a Maldonado. Desembarcaron frente a la Laguna del Diario, y a través de los médanos, se dirigieron a tomar la ciudad. Eran 1500 marinos imperiales. Los españoles y los patriotas salieron a su encuentro. Encarnizados combates tuvieron lugar en la costa y de ellos dan fe las medallas inglesas encontradas junto a huesos humanos en el primitivo cementerio de la iglesia. Finalmente, Maldonado fue vencida pero no deshonrada, y entraron en ella los marinos de la armada real inglesa.

Ciento cincuenta años después, en febrero de 1955, ancla en la bahía de Maldonado otro barco de guerra inglés, el "Berghead Bay". El vigía de la Torre debe haber bajado corriendo a dar la alarma. En sus sepulcros, los antiguos cabildantes deben haberse movido, prestos para la defensa de la ciudad. Las campanas de la catedral habrán sonado como lo hacían cuando un barco enemigo aparecía tras la Isla de Lobos. Las baterías habrán apuntado al tenaz enemigo. Y hasta nos pareció escuchar el clarín metálico que convocaba a las mesnadas del rey para defender otra vez el pabellón de Fernando e Isabel.

Cuatro días estuvo el "Berghead Bay" anclado junto a la Isla Gorriti. Por la noche se encendían las luces de sus mástiles que decoraban la bahía, pues semejaban las luces de la carpa de un gran circo. Los marinos bajaron a tierra y participaron en las fiestas del Carnaval. Se les vio en los bares. Algunos, en caballos de alquiler, recorriendo Punta del Este. Otros, bailando en "La Higuera" en la Avenida Gorlero. Los más, poniendo la nota blanca de sus uniformes en las ruletas, los dancings, los restaurantes. A los cuatro días se fueron. Ni uno solo llegó a Maldonado, donde, sin embargo, en 1806 tanto interés puso Popham en llegar. Las campanas, los huesos y las baterías no se explicaron el cambio y volvieron a su reposo secular.

Maldonado se muere irremediablemente. Los blancos floripondios que penden sobre las tapias son las lámparas puestas ya para su velatorio.

Isidro MAS DE AYALA

(Especial para EL DIA).

UNA VIUDA DE CHOCANO HA MUERTO

ME escriben desde Lima: "Ha muerto la viuda de Chocano". Me quedo un instante perplejo. ¿La viuda? Luego recapacito: Lima, sólo una, la primera, Consuelo Bermúdez, la musa de "*En la aldea*" y "*Azahares*", para quien él escribió todo hasta 1904. De este segundo libro, dicho sea de paso no respetó el poeta sino dos versos, que engastó en un elogio a Alfonso XIII: "que un anillo de oro hecho pedazos ya no es anillo... pero siempre es oro". Acuñada frase. ¿Quién las haría mejores? Volvamos a doña Consuelo y a don José Santos.

Chocano se casó a los veintiún años, recién salido de la voceada prisión y acabado de pronunciar su "Discurso de la Revolución", que ahora sale a luz, bajo el patrocinio de Aguilar, de México (porque en España la censura se opuso a la edición de las Obras de Chocano). Era ya enfático. No muy alto, pero, sí, de pecho muy erguido, mirar muy retador, bigote muy retorcido, voz muy metálica, labio muy sardónico, pisada muy aseverativa y hasta declamadora. Chocano relucía, más que lucía en nuestro Parnaso huérfano de epicidad. Ella le conoció en Chorrillos o Barranco. Era hija de militar como él. Abandonemos el pensamiento de un idilio marcial, fue eglógico. De ahí los dos mencionados libros. El poeta, empero, quiso dejar constancia de otros amoríos en las páginas de "La Neblina". Por entonces ocurrió aquello de "treinta noches estuve (siento horror todavía) treinta noches haciendo el amor a una muerta".

Por segunda volvamos a doña Consuelo Bermúdez.

Del matrimonio nacieron por lo menos tres hijos. Eugenio, el mayor, ahora ciego, tenía el aire materno, lo tiene aun supongo. Alto esmirriado, rubianco, pero el genio era del padre, imaginativo, emprendedor y tejedor. Los otros hijos se parecían a él. Ninguno poeta, salvo Eugenio que tuvo sus veleidades, y no malas. Pero con ese padre a cuestas, no se puede escribir versos sin hacerlos, de entrada, mucho mejores que los del progenitor. Y no era fácil; no, no lo era.

Con Consuelo Bermúdez hizo Chocano su primer viaje a Centroamérica. Ella volvió deslumbrada; él se quedó encandilado. Cuando retornó a Guatemala se enamoró de nuevo. Pero, en el Perú no había entonces divorcio. El relato de aquel lance, propio de tan gran aventurero y amador, es una página del Renacimiento

Como apoderado de su esposa presentó o aceptó la demanda de divorcio contra sí mismo. Fue un duelo a dos manos, la izquierda contra la derecha. Chocano contra Chocano. Consuelo Bermúdez, desde Lima, calló ante aquellas genialidades del glorioso marido. El se casó de esa manera según las leyes de Guatemala.

(Vicente Huidobro decía una vez, refiriéndose a un largo idilio suyo, que se había casado al uso marroquí— y le creí y sigo creyendo).

Doña Consuelo, allá con sus hijos, sabía de tiempo en tiempo del Ulises incansable, a merced de Circe y Nausicaa. Penélope no tuvo éxito en esa ocasión. Los mitos helénicos cambian tanto...

Por la correspondencia que he desempacado de por allí, se que, a pesar de todo, el poeta solía comunicarse con su ex-esposa por intermedio de la señora Gastañodi, madre de Chocano. Hay cartas en ese sentido, datadas en Puerto Rico, 1913. Las hay posteriores. Los hijos estaban allí. Luego vinieron otros, del segundo hogar. Doña Consuelo no abrió jamás los labios para quejarse. Se refugió en los niños, en la iglesia y en su suegra. Esta, adoraba al hijo vagador, y le perdonaba sus muchas diabluras. ¿No dicen que los pródigos son los hijos más queridos?



Santos Chocano cuando fue designado Delegado de Propaganda del Arbitraje Obligatorio en Centro América, el año 1901.

Después de dieciseis años de ausencia, tras el drama de la prisión en Guatemala, Chocano volvió a Lima. Vivió en casa de su madre, la casa natal del poeta, en Argandoña. Allí recibía a sus hijos; visitaba a doña Consuelo en Barranco. Luego, partió a rescatar a su nuevo amor, envuelto en velos de matrimonio: era la tercera. La más encendida y permanente, la de los largos poemas del amor maduro (no del amor doliente, como se ha intitulado un libro póstumo). Ocurrió en Costa Roca. Rogelio Sotela, testigo de todo ello, me hizo el fantástico relato. Doña Consuelo lo sabía todo. Ella vivía con sus hijos, enseñándoles a respetar al padre errante. Lo consiguió, y lo he palpado.

Los muchachos crecieron en la adoración del poeta: los Chocano-Bermúdez.

Y también, los del segundo matrimonio los Chocano-Batres. Y también, y qué parecido tremendo al padre, el unigénito, como él llamara a este niño: Chocano-Aguilar. Todos gente de trabajo y empresa, todos devotos de la memoria del tremendo ingrato y desleal amante.

Vino la hora del drama. Margarita no se separó de su marido —ella, la del amor adulto. Consuelo elevaba sus preces por el ex-marido que no había dejado de serlo ante la ley peruana ni la iglesia. Pero, que no lo era en realidad.

Más años. Demos rápida vuelta a las hojas del calendario, como en una película mal concebida. Chocano cayó asesinado en un tranvía de Santiago, por mano de un loco. Le enterraron pobre, pero solemnemente. El Perú —entonces quiso recuperar sus restos, por iniciativa aprista No prosperó la idea por lenidad administrativa.

Más años. Nuevas hojas de calendario muertas. Un día de 1952 ó 53, el Perú quiso materializar el traslado de los restos del poeta. Doña Consuelo se dirigió al Poder público apoyando la iniciativa. El cuerpo descansa en Chile. La viuda del tercer matrimonio, la más apasionada y resuelta, se opuso. Hubo un duelo de declaraciones públicas. Doña Consuelo por primera vez dejó oir palabras fuertes: no en reproche a su inconstante marido, sino en defensa de sus fueros de esposa y de su derecho o deseo de tenerlo cerca de ella para su última hora. No pudo ser tampoco, ni después de muerto.

Hoy es ella quien ha ido en busca del incandescente poeta. Debe haber partido con unos buenos setenta y cinco o setenta y seis años (Chocano fue asesinado a los 59; hace veintiún años; hoy tendría ochenta). Hace treinta y cuatro, cuando él regresó a Lima, ella estaría en los bordes de sus cuarenta. Pudo ser. Y no fue.

Baja a la tumba Consuelo Bermúdez rodeada de respeto y veneración. Tuvo una dignidad espartana y un amor de Itaca. Sabiendo que era inútil tejer la tela de la leyenda, optó por espantar a todo pretendiente al resuelto ademán de su brazo y sobrio enarcamiento de las cejas, y se sentó con sus hijos, al pie de la entrada, no a esperar al peregrino: sólo a mirar la nube de paso, cuya sombra cubriría también, en alguna parte, la cabeza del inolvidable.

Por encima de toda anécdota, esta es una historia conmovedora. No amengua a ninguna de las que le sucedieron en el corazón del poeta: ancho corazón, con excesivo espacio vital, corazón americano, ansioso de población multiplicada. Consuelo Bermúdez se apagó a su hora, cumplido ya el rito de la viudez y la devoción preclara. De aquella fiera juventud limeña de los últimos años del ochocientos y primeros del novecientos, iba quedando muy poco. Hoy no queda nada. Consuelo Bermúdez se lo llevó consigo. Historia, leyenda, pasión, abandono, melancolía, protesta, fidelidad, ternura, estoicismo, constancia y belleza: que bella fue, y mucho, allá cuando de esto se puede decir y alardear.

Me escriben desde Lima: "No son buenos días para la memoria del poeta". Ninguno lo será. Vidas lacerantes y laceradas como la de él, dejan por donde pasan, no sangre en las espinas, sino espinas en la sangre. Quien siembra estrellas, ha de sembrar también áspides. La vida y la fábula lo requieren así.

Luis Alberto SANCHEZ.

Puerto Rico, marzo 1955. — (Especial para EL DIA).

LAS modernas escuelas sociológicas entre los fenómenos del obrar colectivo, singularizan como tipo de emigración con mayor contenido cultural y de emoción sublimada, las que originan las competencias internacionales del deporte.

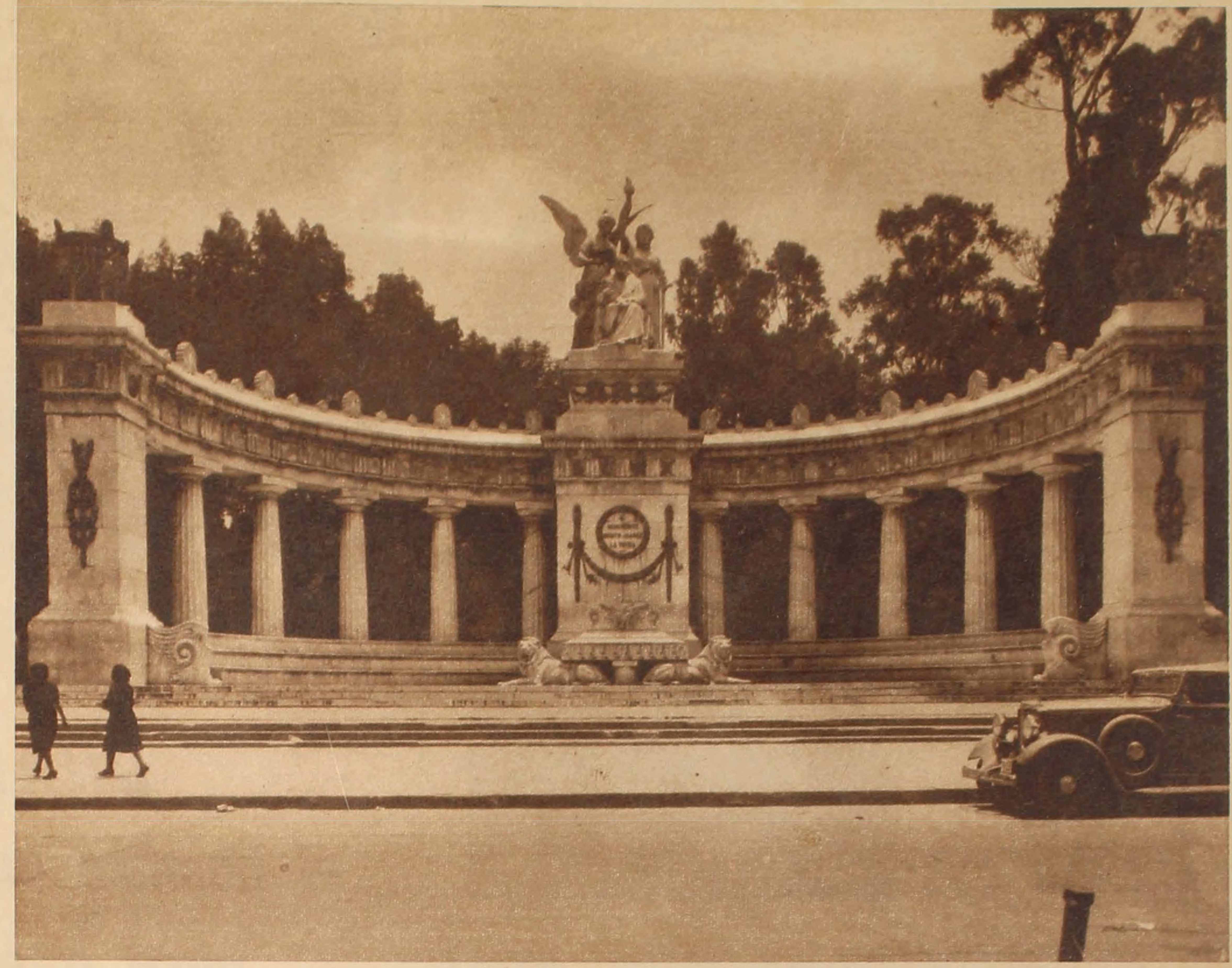
A los miles de protagonistas que se conjugan contra la escenografía del estadio y del paisaje natural, se suman las multitudes espectadoras, ansiosas por conocer y valorar las posibilidades de los pueblos y razas que compiten.

Una novísima reencarnación del héroe, espiritualizada por lo sumamente noble del esfuerzo personal hasta el sacrificio y el sentido más puro del patriotismo, señalan a las naciones y a los individuos normas de conducta en cuanto a la fraternidad y al pacifismo por las renovadas justas del músculo

Los deseos de nuevas sensaciones y experiencias, innatas al hombre que tienden al peligro, a la aventura y a la conquista, encuentran allí campo propicio de elevación ética y social. Las actitudes del atleta son centros dinámicos de abnegación, alegría, concordia y belleza que se irradian hacia todos los horizontes del expectante universo, ávido de la marca superadora. Allí los afanes del éxito sin sombra y de la derrota con honor. Allí, en fin, las ideas, los sentimientos y las tendencias del altruismo, la emulación, la simpatía, eslabonando millares de diferentes mecanismos de conducta, que se hermanan bajo la misma rúbrica del panamercanismo por la física educación de sus generaciones.

MEXICO fue hace unos días en los Segundos Juegos Deportivos centro de atracción para quince naciones. País típicamente americano, en donde la mano del hombre vive modelando las formas pródigas de una divinal naturaleza. Todo despierta a la admiración y al recogimiento. El alma se estremece de pronto ante el poder evocativo del Castillo de Maximiliano, construído hace más de cuatrocientos años, mudo testigo de guerras internacionales y ahora templo cívico de exaltación histórica al transformarse en museo nacional.

Moctezuma, Alvarado, Hernán Cortés, Juárez, los cadetes de Chapultepec; las le-



Hemiciclo a Juárez, en la Alameda Central, de la ciudad de México.

PANAMERICANISMO Y DEPORTE

yendas del oro, la mitología de los héroes, la epopeya de la libertad: hombres, dioses, principios y empresas señalan rumbos a la meditación y a la fantasía.

Todo es tan pintoresco y original que obliga en la sorpresa a pensar que bello es conocerse y comprenderse en América, en este siglo en que la distancia y el tiempo nos son ligeros.

Resurge a nuestra imaginación trashumante la canción de los mariachis, los murales de Diego Rivera, el andar en plena urbe del valiente charro, los imponentes monumentos, los dilatados parques, los empinados edificios en lujosos barrios contrastando con mosaicos de suburbio, mísero y doliente, la villa de Guadalupe en cuya iglesia van todavía los toreros a encomendarse a la Virgen.

CIUDAD DE MEXICO, en cuyo crisol de razas el indoibero es un ochenta por ciento de sus pobladores. En ella se dan los contrastes del fabuloso lujo palaciego y el pauperismo sumo de la clase obrera; entre la cultura erudita y creadora y la vehemencia primitiva e inusitada de muchedumbres ávidas de sangre y de "machismo", florecidas de emoción sobre los balcones del ruedo taurino.

Hasta sus símbolos más señeros son la representación genuina de la fuerza ilímite y avasallante del Nuevo Mundo. Vedlo en las alas trémulas del águila, que encaramada sobre el nopal, la fructífera planta cactea de nuestras llanuras, da muerte a la sierpre venenosa y traicionera. He ahí la expresión de la tierra aborigen fecundada por la victoria de la libertad sobre la esclavitud artera.

Cada mexicano es un espíritu que canta —decíanos el pentatlonista Ortiz, en síntesis de conceptos. Pleno de dulce alegría por las calles de su ciudad, cautiva con la canción melódica y el típico gracejo, entonándose con la "tequilla", debiba nacional, mezcla de alcohol, sal y limón.

Son los "mariachis". músicos populares y raíz de folklore, quienes por no conocer el pentagrama y la armonía de sus notas no son aceptados por la Asociación de Músicos. Y sin embargo son sus sones, corridos y rancheras los que en la algarabía del "TENAMPA JALISCO", llamado por alguien "El Tronío de Méjico", cautivan al público las horas enteras, entre el humo de los pitillos y la embriaguez de las copas.

Ciudad de taxis con radio receptor para acudir al llamamiento de los controles; de edificios, como el de Bellas Artes, que año tras año va hundiéndose en la tierra movediza y de calles quebradas por obra del mismo fenómeno; de tradiciones y costumbres que llevan a que el charro, hermano en la soledad del guaso y del gaucho, gaste en los bordados de oro y plata de su sombrero, chamarra y pantalón, más de dos mil pesos nuestros.

Y regresamos de los Segundos Juegos Deportivos Panamericanos de México en las alas del ensueño y la sugerencia. Y como nunca se nos hace cierta aquella frase de Galsworthy: "cuando el espíritu del "juego limpio de los deportes reine en los "asuntos internacionales, huirán las fuer-"zas que gobiernan ahora y la vida hu-"mana emergerá por vez primera de la "selva".

Walter Homero GENTA.

Especial para EL DIA.



Vista nocturna del monumento a la Revolución, en México.



America es fraternidad de hombres y de símbolos en las más nobles justas del espíritu y del músculo.



Formación del Comité pro Unamuno en Montevideo, apenas se supo que el sabio había sido confinado en la isla Fuerteventura. Se ve al frente al diputado doctor Francisco Alberto Schinca, que fue Director de EL DIA.

UNAMUNO,
el hombre que, de odiado, pasó a ser amado

Salamanca, que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gozado.
CERVANTES.

CUANDO se dice "Salamanca", lo primero que aparece en la imaginación es la portada plateresca de la Universidad, que aunque sea por fotografía, todos conocen. Fundada en el siglo XII, pudo derrocharse dinero en la fachada y los claustros, que para eso llegaban de las Indias, cargados de oro y plata, los galeones ibéricos. "Los árabes que bordaron la Alhambra —escribió Alarcón— habrían declarado que sus mejores templetes y camarines no excedían en finura, suntuosidad e idealismo a tal maravilla".

Pero Salamanca tiene otra porción de monumentos grandiosos y de ensueño, como esa Casa de las Conchas, de una piedra con "suave color de oro viejo, semejante a las doradas hebras del sol naciente que acaricia las vistosas corolas de las flores", que dijo de modo almirabado, pero exacto, otro clásico.

Salamanca, la docta, según la tradición. Pero que no era ya muy docta cuando nosotros la conocimos. Como a ciertas mujeres cincuentonas, la fama le venía por lo que había sido, que no por su presencia actual. Ya no era Salamanca rival universitaria de París, Bolonia y Oxford. Como a la Universidad de Santiago de Compostela, cuando apareció el siglo XX, a Salamanca se iba más por razones de proximidad o atendiendo a la vida barata, que por la atracción de los grandes profesores: los Suárez, los Vitoria, los Fray Luis de León... Los mejores profesores radicaban ya en Madrid. Y algunos, como Leopoldo Alas ("Clarín" en las letras) y Adolfo Posada, en Oviedo.

El único catedrático con fama de sabio que había en Salamanca cuando nosotros llegamos, era el darwinista Gogorza, que nos daba las lecciones de Historia Natural en lo que aquí decimos Liceo. (Allí en ese entonces, Instituto de Segunda Enseñanza).

—¿Y Unamuno, no estaba en la Universidad de Salamanca en ese entonces? —me diréis.

—Estaba, sí. Era el Rector. El que Unamuno fuera Rector, resultaba la causa mayor de la resistencia al catedrático. Se nos había dicho a los muchachos —y nosotros lo creíamos— que la designación de aquel hombrón de tipo rústico que era el áspero e inquietante vasco Unamuno, se había hecho vulnerando méritos y derechos del Vicerector, el titular de Derecho Romano doctor Maldonado, hombre de fina presencia, pulido y afable, con unas bellas barbas rubias partidas al medio que le daban mundano aspecto de senador, en esa época romántica en que tenían tanto ascendiente las cabezas estatuarias, cuyo arquetipo podía ser la archimagnífica del vácuo ministro Segismundo Moret.

Unamuno no concitaba simpatías; distraído y áspero en el trato, duro en la expresión, desatento ante las reclamaciones, huidizo en la amistad. Y sobre todo, desagradable en el físico: alto, recio y duro como un poste, con aquellos ojos abroquelados tras los cristales de los lentes, que recordaban los ojos extáticos y como sarcásticos, todo misterio, de los buhos. Se vestía de negro sin el menor esmero. Al contrario, para economizarse la limpieza de las camisas (pasen las murmuraciones de claustro), se ponía una pechera de [illegible]mira negra, que con el blando sombrero sumario, también negro y rematando en punta, le daba el aspecto de un estrafalario pastor protestante.

Se decía que Unamuno, profesor de griego, había tomado esta cátedra, que apenas tenía un par de alumnos al año, a fin de tomarse menos trabajo docente y dedicarse a su "manía de escribir" y hacer pajaritas con hojas de diario. Todos los días refiriése algo de Unamuno que contribuía a hacerlo más odioso entre los estudiantes. Hoy se decía cómo aplaudió el hecho de que su hijo menor no hubiera querido ir a la escuela: "Haces bien; la escuela primaria, como casi toda la enseñanza en España es muy mala. Los maestros son unos burros". Un escultor foráneo quiso reproducirle la mano en bronce y le pidió que la metiera en escayola. "Primero pásela por este aceite", le había dicho el artista. A lo que Unamuno le había replicado: "Mi mano, como todo lo mío, es fuerte, y no necesita de protecciones". Naturalmente, Unamuno hizo su capricho. Pero se quemó la mano.

Yo, que vivía con mi familia a media cuadra de la Universidad, anexa a la cual estaba la residencia del Rector, veía salir contínuamente a Unamuno, que emprendía uno de sus comentados paseos, siempre solo, conduciendo un formidable garrote, que no usaba como apoyo hasta que no iniciaba el regreso a la ciudad, luego de haberse hecho, cuando menos, una legua por los alrededores.

¡Los alrededores de Salamanca! Aquellas márgenes encantadas del Tormes. ¿Quién, que las vio entonces, las habrá podido olvidar?... Yo le preguntaría si las ha olvidado a Federico de Onix, que fue condiscípulo mío y luego se hizo famoso como profesor en las universidades de Norte América, en donde acaba de jubilarse.

—Federico —le diría yo ahora si lo viera—: ¿Te acuerdas qué mal estudiante

eras y cómo para incurrir en indisciplina, aprovechabas la circunstancia de que tu padre, don Federico, fuera, además de profesor, el Secretario del Instituto?... ¿Te acuerdas de la mañana aquella en que actuaba ún bisoño suplente en la cátedra de Psicología, Lógica y Etica, y como nosotros le desconcertábamos con nuestros murmullos, empezó a poner faltas en la lista, después de inquirir los nombres: "Fulano de Tal, una cruz; Zetano, una cruz; Perengano, una cruz". Con lo que tú te pusiste en pie y le dijiste: "Perdóname, señor, pero con tantas cruces, ese papel no es una lista; ese papel es un cementerio", Y te echaron del aula. ¡Cómo festejamos tu burla nosotros!

*

¡Los alrededores de Salamanca, el río Tormes con su gran puente, la ribera, los valles, la fronda, los riscos!...

Y como codiciosos
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa,
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

El Horacio español, el magnífico Fray Luis de León, presidía y seguirá presidiendo, estoy seguro, todos aquellos lugares que tanto disfruté con aquellos 15 años intrépidos y jubilosos. De ahí mi eterno agradecimiento al cantor del Tormes. No sólo fue un gran poeta Fray Luis de León. Fue un maestro magnífico.

"Nadie mejor que él —dice Aubrey Bell— comprendió los límites de nuestra razón, ni vio que la inteligencia, que tan poderosa cree el principiante, parece que se encoje y estrecha a medida que se avanza, hasta que vemos que no podemos saber nada". Pero los muchachos pusimos siempre más atención que en el mérito del docente, en el encanto del cantor filósofo:

El hombre esta entregado
al sueño de su suerte, no cuidando,
y con paso callado
el cielo, vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.

Tanto prestigio tenía para nosotros la figura de Fray Luis de León, que no podíamos mirar sin recogimiento su estatua, ni entrar sin emoción a la que fue su aula y en la que balbució el "Como decíamos ayer", luego de regresar de la cárcel, donde los inquisidores lo tuvieron cerca de cinco años, castigando la audacia de expresarse con una libertad que no era para consentida en aquella España que dominaba el fuerte y adusto Felipe II.

Que descansada vida
la del que huyendo
del mundanal ruido,
sigue la senda
por donde han ido
todos los sabios
que en el mundo han sido.

Fray Luis de León, cantando el campo, acaso sea la causa que más ha influído en lo que después había de definirse en mí como un culto a la Naturaleza, un definitivo verdadero panteismo.

*

Pero volvamos a Unamuno, aquel Rector distraído y excéntrico, que cuando decidía poner atención en cosas de la Universidad era para imponer su autoritarismo. Al fin los estudiantes, enardecidos "sotto voce" por algunos profesores, hicimos una huelga. Una huelga sin mayor organización, pero con abundantes gritos y pedradas. Se decía que estaba por disponerse la destitución del Rector y que los gobernantes ya habían tomado sus medidas en Madrid.

Pero la destitución del Rector no se producía. Al contrario: Unamuno, que hasta ese 1900 había publicado en la prensa local apenas cuadros de costumbres vascas, comenzó a llamar la atención con sus artículos paradojales y ergotistas, que acogían los mejores diarios de Madrid y de América. Pero también esos artículos del áspero irreductible vasco eran resistidos. Recordamos como aquí, allá por el 1908, los contertulios del Polo Bamba los detractaban. Angel Falco, tan afecto a hacer juegos de palabras y alterar apellidos, llamaba al autor de "Todo un hombre", Unamula. Era el colmo de la irrespetuosidad.

*

Poco a poco, sin embargo, Unamuno fue imponiendo sus recias características. No es que perdiera sus cortantes aristas, sino que se le fue conociendo mejor. No era un misántropo y mucho menos un ogro. No era un pensador extravagante ni tampoco un escritor ávido de "epatar". Era sólo un espíritu independiente. Intrépido. Sin miedo a contradecirse. Entresaco de mis recuerdos estudiantiles: "Dicen que estoy cambiando siempre de ideas, y es que, como otros tienen muchas camisas, yo tengo muchas ideas. Ahora uso una y luego otra". Esto nos pareció una declaración pedante. Los enemigos repetían tales frases diciendo que desbordaban vanidad. "Ara en mí, como un manso buey la tierra, el dulce silencioso pensamiento", escribía años después.

Y transparentaba su tragedia mucho más tarde con la carta a José Bergamín: "No hay más justicia que la verdad, y la verdad, decía Sófocles, puede más que la razón. Así como la vida puede más que el goce y más que el dolor. Verdad y vida, pues, y no razón y goce es mi divisa. Vivir en la verdad, aunque sea sufriendo, antes que razonar en el goce o gozarse en la razón. Y vea cómo esta tragedia ambiente que hoy estoy viviendo, en la que soy agonista y a las veces protagonista, y siempre antagonista, me adentra a concepciones de fuera de la historia. Cuando vuelvo la vista del espíritu a mis últimos tormentosos doce años, desde que me arranqué de la soñarrera sombrosa de cierto angosto gabinetito de Salamanca —¡lo que soñé en él!— me parece sueño de un sueño. Y ahora comprendo mucho de lo que escribía yo mismo, sin comprenderlo bien, al comentar la vida y la pasión de Nuestro Señor Don Quijote, virgen como Jesús. ¡Doce años! No sé si me quedan otros tantos de verdadera vida, antes de retirarme a preparar el último sueño, pero se que ya no sufriré tanto. Sobre todo en intentar hacer sufrir a otros. Porque muchas de las heridas que inflijo me duelen más, mucho más, que a aquellos a quienes se las asesto. ¡Es tan terrible el oficio..."

Está aquí comprendido todo el drama de Unamuno, a quien visitó en Salamanca el argentino Ricardo Rojas, siendo joven todavía, cuyos son estos expresivos recuerdos:

"A la hora del almuerzo estábamos ya en casa de Unamuno, con su familia. Allí conocí a la virtuosa compañera: doña Concepción, que trataba al marido como a un niño. Y él la trataba como a una madre. Allí ví la prole: varios hijos pequeños, que después han crecido y han sufrido. Familia austera, de un padre austero y ejemplar. Sus "Recuerdos" y sus "Poesías" contienen páginas impregnadas de esa emoción doméstica.

Unamuno, durante la mesa, siguió hablando de todo lo divino y lo humano, hasta que, según su costumbre, terminó por enfrentarse con el creador para criticarle su deficiente creación. La esposa, mujer de una fe castiza, comentó entonces:

—El ha creado también tu cabeza, y tan mal no está.

Reí yo de esta afectuosa ocurrencia, que don Miguel no contestó, limitándose a mirarla con el susto de un chico sorprendido por la madre en una travesura y que la mira con amor para ser perdonado. Unamuno jactábase de ser el hombre de una sola mujer, y su mujer lo sabía."

No me costó mucho modificar la opinión de los 15 años, pegada más que adquirida, como se comprenderá, en el ambiente de Salamanca. Pude ver bien claro que Unamuno era un verdadero luchador. Más aún: un gran inquietador. Y que todo aquello observado directamente en Salamanca, no era sino un proceso de formación. Aquel hombre que esquivaba dar clases, para ofrecer frutos con mayor difusión —artículos y libros—, con sus lecturas, sus meditaciones y sus paseos solitarios (solitarios para meditar mejor, en medio de la naturaleza exaltante del campo salmantino), se estaba endureciendo y esmaltando como una cerámica de Talavera o de Manises dentro del horno. Llenarían los años su cabeza de canas y él pelearía impertérrito en su patria.

"Yo no veo por ningún lado la juventud española. Creo que no existe. Hay veces que miro en derredor y no encuentro más joven que yo".

Lo criticó todo: la modorra del pueblo, el atraso de la enseñanza, la mediocridad del pensamiento, la falsedad de la política. Ni el rey Alfonso XIII se salvó de sus reprimendas. Y el dictador Primo de Rivera lo confinó en la isla de Fuerteventura, de donde lo sacaron cierto día con un barco de deporte, unos admiradores franceses. Pero en París se aburría, a pesar de que lo llevaban a una "peña" de emigrados españoles, intelectuales que habían constituído una de aquellas reuniones literarias que hicieron famosos a varios cafés céntricos de Madrid.

Se fue a Hendaya. Se ha dicho que, lleno de nostalgia, buscaba el modo de estar cerca de España. Pero no era eso tan sólo. Es que Unamuno gustaba de todo lo grande de la naturaleza, y como antes, viajero complacido, ante las sierras de Gredos gozaba desterrado, dando la cara al mar. En su "Filosofía Coexistencialista" Armando Vesseur le anota a Miguel de Unamuno esto:

"Con frecuencia voy a la playa, a bañar la eterna infancia de mi espíritu en la contemplación de la eterna infancia del mar, que nos habla antes de la historia, de la sustancia divina de la historia".

Habríais de ver a este Unamuno, ya anciano, en el exilio. Vive en un hotel muy modesto —y limpio, como todo lo vasco—, de la francesa Hendaya. Se mostraba sencillo hasta lo humilde. Saludaba cordial a la gente de la fonda, que no se sabe cómo llegó a enterarse un día de que era un gran español caído en desgracia, pues él ocultaba a todos su tragedia:

—Bon soir, chevalier Unamuno —lo acogió solícita la hospedera, la tarde en que regresaba de su más largo paseo, desaparecido ya el incógnito.

Y Unamuno se puso tan agrio como en sus buenos tiempos:

—Caballero es el que monta a caballo. Y yo soy un simple peatón. ¡No me dé títulos!

Refiérese lo mucho que le gustaba jugar a las cartas a Unamuno con el carnicero



Miguel de Unamuno, que si asombraba con la variación de sus enfoques, jamás varió todo aquéllo — gafas, vestido, barbas, peinado— que daba aspecto personalísimo a su figura.

de Hendaya, que era un hombre poco leído, tosco. Unamuno no escondió la razón de esta preferencia:

—Juego con el carnicero porque no es hombre que sepa esconder sus pensamientos. Cuando jugamos al mus, juego en que se miente para averiguar la verdad, como nosotros decimos la verdad, los otros no nos creen, de modo que se engañan solos. Y es así como nosotros, observando una norma moral, les ganamos.

J. H. Suárez ha referido hace poco, en una publicación argentina, anécdotas como esas, todas interesantes y caracterizantes. Pero lo que me impresionó más fue su afirmación de que cuando Unamuno dejó Hendaya, para volver a su patria (en la que iba a morir poco después, del mal que él definió como "dolor de España"), los dueños del hotel y los sirvientes lloraban con la pena de perderle, y la carretera se llenó de gente que iba a pie y en vehículos para acompañarlo hasta la frontera, hasta Irún. Desde el límite territorial, Unamuno, señalando los montes de la patria, se despidió con un breve discurso:

"La peña de Aya se ha cubierto de nieve, como mi cabeza, para recibirme".

Y en los ojos del auditorio (franceses de Hendaya y españoles de Irún), había lágrimas. Por aquí, de alegría al recibir al ilustre anciano; por allí, de pena al perderle...

Y éste es el hombre que yo odié, con mis condiscípulos y demás estudiantes de aquel tiempo. ¿Que cambió Unamuno?... De ningún modo. Era que aquéllo que aparecía como fuerte defecto del carácter era su alta virtud. Ese jugo ácido, que se hace puro dulce luego, en la generosa fruta. Pero que necesita lo que sólo da el tiempo: la sazón. Años y el dolor de vivir, tratándose del hombre.

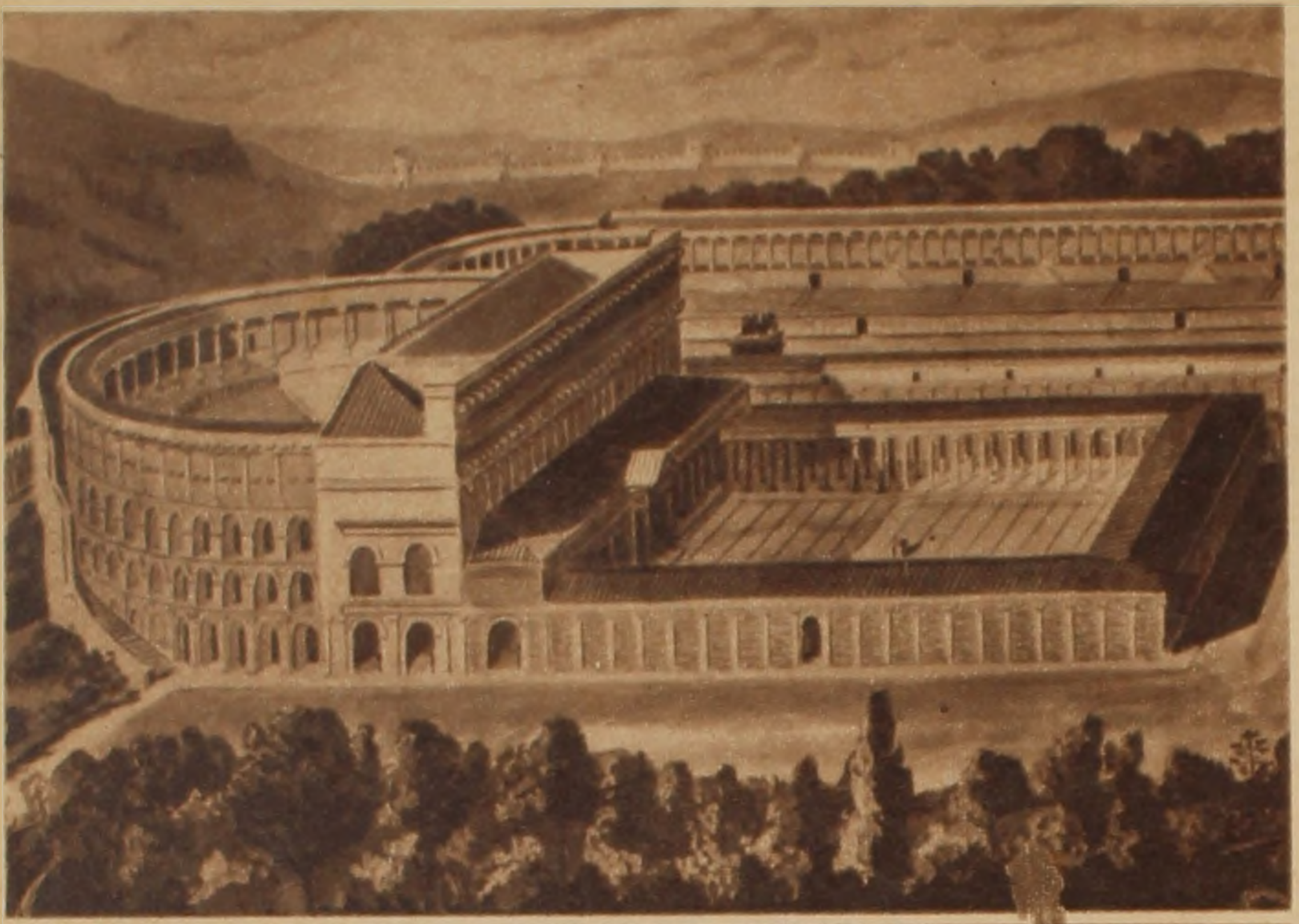
Vicente A. SALAVERRI.

(Especial para EL DIA).



La "peña" formada en París, a semejanza de las de los cafés madrileños, por desterrados españoles. En ella aparece Unamuno con su sombrero inconfundible. Desertó de esa reunión al poco tiempo, para irse a Hendaya.

REFLEXIONES SOBRE UNA CONSTANTE H





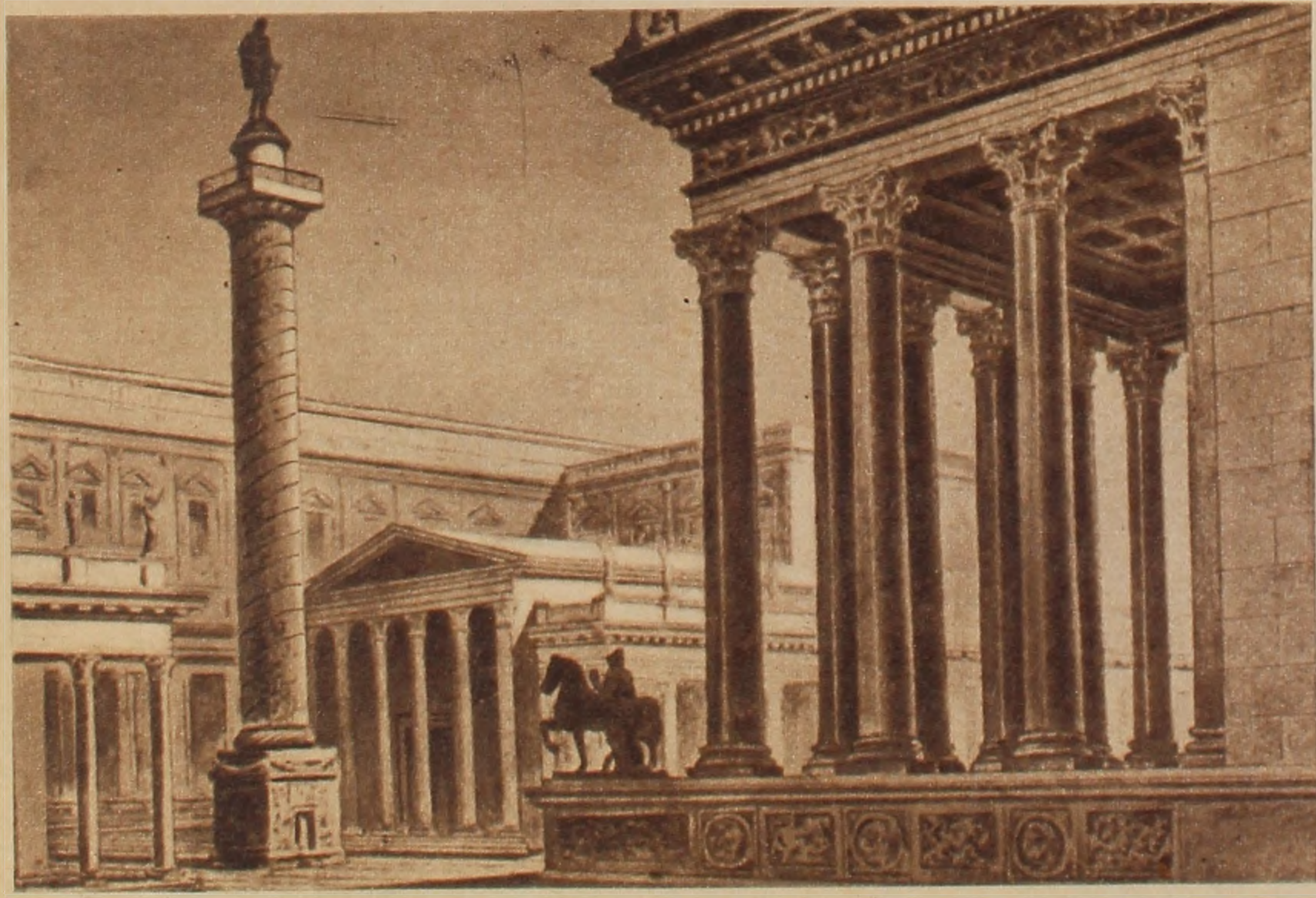
Reconstitución y ruina del Teatro romano y Gimnasio de Orange.

NO ha podido explicar nadie formalmente, todavía, porqué escribió Voltaire su "Micromegas". Tiene algo de acróbata, sin duda, el Voltaire autor de "Záire", de "Zadig" o de "Cándido". Si se piensa, especialmente (y se compara), en el Voltaire del "Diccionario Filosófico". Pero es, también sin duda, "Micromegas", espiritual fantasía sobre la pluralidad de los mundos habitados, la más sutil y alada entre todas las piruetas volterianas. ¿Veleidad acrobática de ese puro intelectual que fue Voltaire, sin remisión posible, para quien era el mundo, lo primero, inteligencia, y pretexto solamente lo demás? Trapecista de la inteligencia pura (la inteligencia, trapecio), en una mano la sátira, el humanismo en la otra, y en lo alto (fuego de artificio deslumbrante), voltear de las ideas encendidas en el juego del genial malabarista. Acrobacia, sin duda. Porque es el "Micromegas" volteriano ese estar, al mismo tiempo, el mismo hombre, en lo hilarante, en lo serio, en la más desenfrenada fantasía y en lo más rigorista del método, en lo vivo y en lo lento de su época y en la fábula veloz que vence al tiempo, intentando descubrir lo porvenir. En el fondo, el singular "Micromegas", historia de planetas habitados, del hombre en astros diversos, es nada más (nada menos) una "historia" de anticipaciones, como pudo hacerlo luego un Julio Verne, o la hiciera Wells en Londres, llevando trenes - fantasmas desde la Tierra a la Luna, o descendiendo a la Tierra los ejércitos de Marte. Llámese unas veces "Micromegas" broma de filósofo burlesco, u otras veces sátira, o cuento filosófico también, cada cual lo ponga en aguas bautismales a su gusto personal y a su manera. Con una diferencia sustantiva. Ciertamente. La que pone distancias inmedibles entre la intención de un Wells o un Verne, por ejemplo, y las frías intenciones de Voltaire. Entre el Voltaire explorador de espacios en lo dimensional del pensamiento filosófico, y un Julio Verne o un Wells, para quienes era el espacio, fatalmente, la "distancia material" entre un astro y otro astro. Sin que aquella diferencia, ni la inmedible distancia, hagan imposible ese aire de familia a señalar entre el propio "Micromegas" (broma, sátira o acrobacia filosófica), y las anticipaciones de Wells o de Julio Verne. Por ser lo distinto (es posible) nada más cuestión de época. O, acaso, sólo de límites: ese murallón "tangible" en el caso interpuesto entre el siglo de Voltaire y el siglo XIX. Cuanto separa a la levita verde y a las medias de seda volterianas del sombrero de copa vernesco, a la silla de mano de Voltaire del tren y el "auto" de Wells, al mirar concentrado en los salones dieciochescos de París del que agrandan las lentes telescópicas en un observatorio inglés, a la Enciclopedia (tumulto de almas) del Londres wellesco (tormenta de máquinas). Todo lo cual, sin embargo, no prueba que un Wells o un Julio Verne, hombres del siglo XVIII (medias de seda y peluca), también en la Enciclopedia dejasen su traza ilustre, ni que hubiera Voltaire imaginado el "rayo verde" en el Londres del siglo XIX.

"Cada hombre es una flecha lanzada por el Destino hacia el blanco ignorado de su fin", decía el Diógenes de Laertes. Y Voltaire adoraba este hombre - flecha. En el "Diccionario Filosófico" aparece la cita de Diógenes. Aparece en "La Henriada". Y aparece también en "Micromegas". En el afán de descubrir el ignorado blanco en el cual ha de clavarse cada hombre, ¿quién vivió más obsesiones que Voltaire? La volteriana sátira es la reacción violenta de una luminosa inteligencia (de todo su poder consciente) que quiso descubrir su propio blanco, y no lo halló, no contra el hombre que imagina haberlo descubierto porque "cree", sino contra ese otro hombre que se arropó en el "creer" para no hacer el esfuerzo de "buscar".

Pero no importa aquí (ni cabría) el porqué de la sátira feroz volteriana, ni la sátira siquiera. "Micromegas" basta. Basta esa prueba tangible de que aún el hombre Voltaire (reino de la inteligencia pura, todo lo demás pretexto) atraído se sintió (y especuló) por el misterio de los mundos extra-humanos. Racionalismo en el éter. Basta sorprender a Voltaire mismo (esencia de la razón) buscando lo que se explica e inventando lo que no. En la línea de esa constante humana con la obsesión de su origen y la obsesión de su fin. Más allá de la razón.

Que ese hombre - terremoto u hombre - niágara, Orson Welles llamado, un micrófono en la mano, aterrase a los oyentes de la radio americana, pocos años hace aún, describiendo la invasión de nuestra Tierra por ejércitos marcianos, sentido idéntico tiene, en las constantes humanas, a ese otro escalofrío del misterio que provocan los dibujos dejados en una gruta por un artista ignorado hace ya treinta mil años, o más allá de esa cifra. A pesar del escándalo en la calle, los abortos, los gritos, los desmayos, que dejó en su estela un Welles, y el silencio recogido, la superstición oculta, con que busca un hombre de hoy la mano del artista prehistórico, su intención, su pensamiento, su manera, en la caverna rupestre. ¿Por qué anuncia, el uno, un fin del mundo, o visiones de posibles mundos, para mil años "después", y sugiere el otro, en cambio, el "de dónde venimos", todos, igualmente apasionante? En las constantes humanas, ¡qué cercanos ese cráneo, ese hueso, o esa herramienta primera, descubiertos en el fondo de una gruta, millares de siglos ocultos, y la ima-





El Foro Trajano, 19 siglos antes o después.

MANA

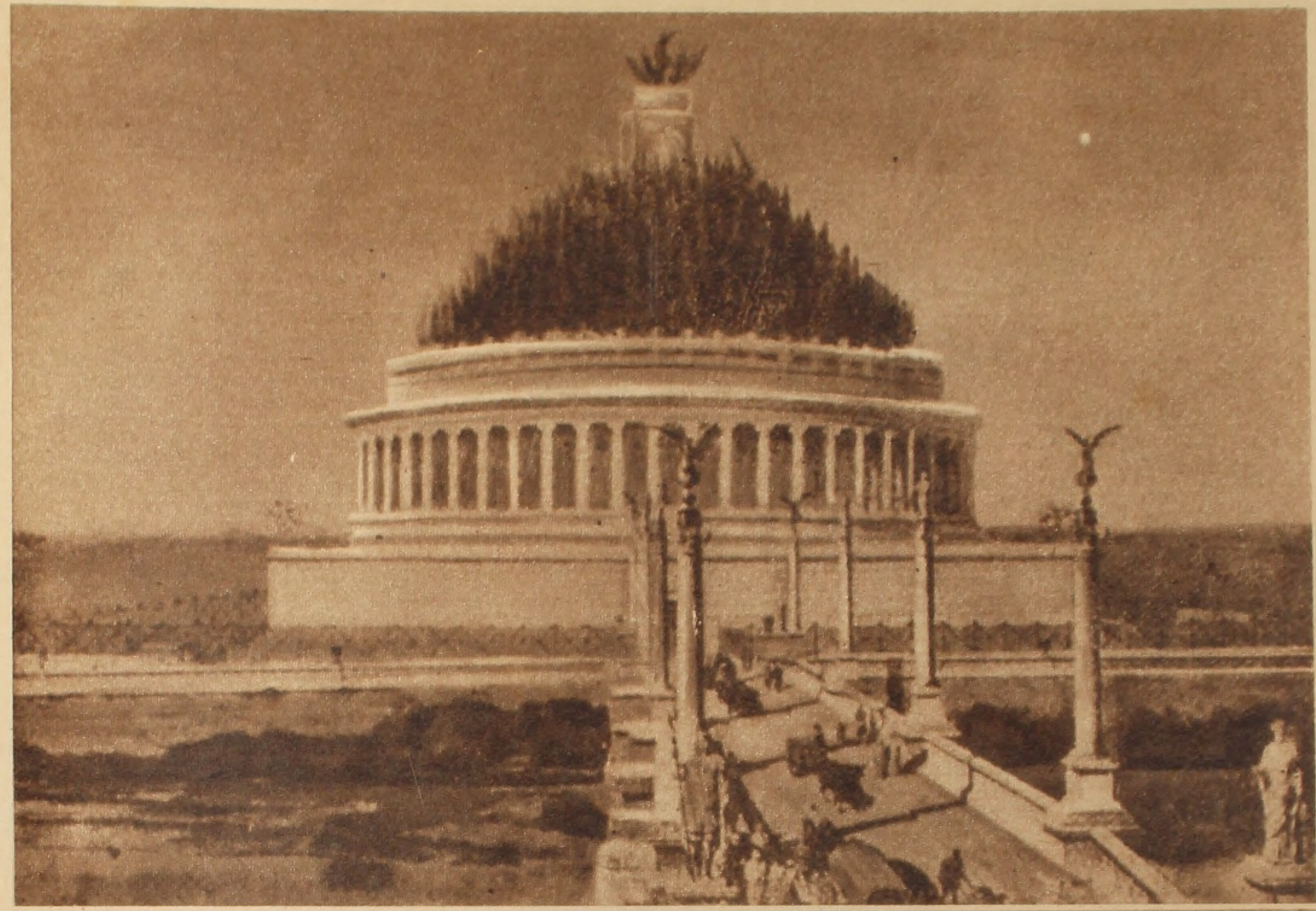
maquina que irá (?) mañana a la Mejor se concibe y "ve" que todo anticipa, y cuanto hacia el origen nociona y apasiona, por ser propia cia humana, y por ser inteligente, n de conocer todo comienzo y de ar el fin. ¿Por qué, sino, inventó el hombre, o fantasmas, o genios, bras, desde el árbol primero hasta Y en el fondo de las civilizaciones. trás. Más acá. Constante humana, lán de descubrir el origen, de "in-" lo porvenir. ¿Novelas a la mane- Wells, o de Verne, del sutil "Mi- gas"? ¿Y este reverdecer actual de ticipaciones que trae la era atómi- timo "juguete" (¡por ahora!) de es- mbre de nuestro tiempo, al primer sin embargo, fatalmente atado, y a verna rupestre, por la cadena huma- más rota? Ciertamente. Pero, a su , hace ya 5.000 años, igualmente an- ba el faraón que preparó su pirá- y a la pirámide-tumba confió la bar- mera (descubierta en estos días) pa- ajar hasta el Sol, origen y fin de to- A su modo anticipaban los artistas en la creyente Edad Media pintaban s finales. A su modo anticipó el e... Todo ello constante humana.

una curiosa exposición nacen estas xiones. De una exposición "menor". quiere. Menor... ante la enorme itud de esa humana permanencia. ue hay en esta exposición nada más dibujos. Y, esta vez, de arqueólogos. gente que araña la tierra, revuelve ruinas, desentierra muros, limpia per- inos... A la tierra asida. No de ar- en plena fantasía. Y la constante ece. ¿Los dibujos? Reconstitución me- ca de monumentos antiguos. Los unos más con rastro escrito. Unas pie- dispersas, los otros. Una ruina impo- e, los menos. El Coloso de Rodas, el cio korsabiano de Sargón, los templos ntes de Tebas, el templo de Diana en o, la tumba del rey Mausoleo, los jar- s suspendidos de Babilonia, el foro circo romanos, el teatro y el gimna- de Orange... Y aún...

odo esto de "ayer". Ni el principio, l fin. Pero este "tocar" a una etapa "de dónde venimos", con su forma , y no con su forma de ruina, del de de venimos más próximo, a pesar de s siglos-minutos en la gran dimensional millares de siglos, apasiona y conmue- Y un vértigo interfiere esa pasión. Se ienen las gentes, se recogen, observan. que han visto la ruina, o las piedras persas, o leyeron lo escrito, presentado í "como era". También los que no. radas profundas. Esfuerzo las frentes. atención clavada. ¿Lo que más con- eve? ¿Lo que más seduce? ¿Y lo que "prueba" la constante humana? Mun- o, charlatán y desenvuelto, este públi- en París, de exposición, se recogió en encio y en silencio observa. Un aire igioso envuelve a las gentes recogidas observantes en esta exposición "menor".

J. B. TOLEDO.

París, 1955. — (Especial para EL DIA)





Ayer: mole Adriana y puente Elío. Hoy: castillo del Santo Angel.

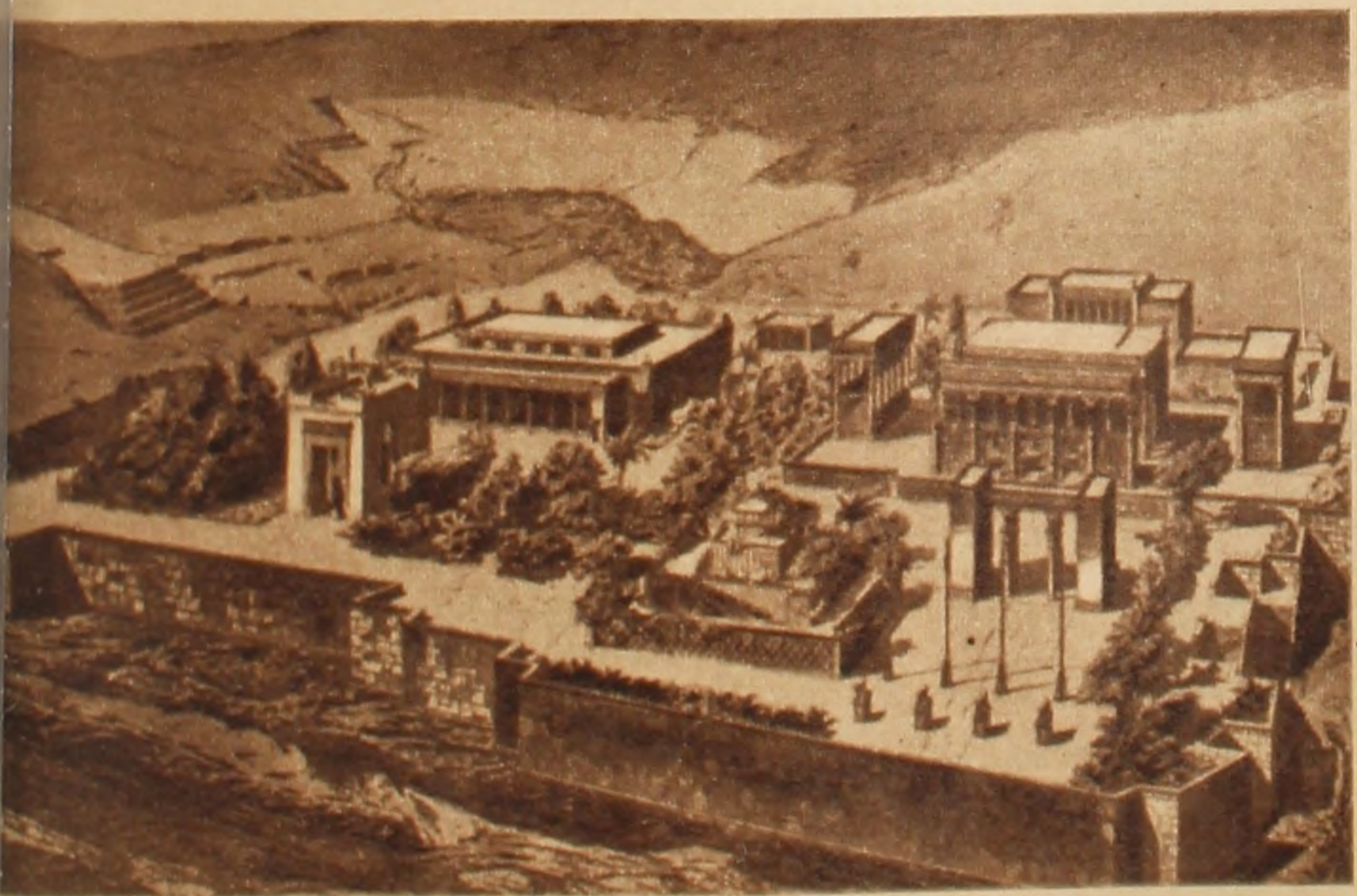




Imagen y ruina del palacio de Artajerjes, en Persépolis.





EL GAJO DE SOL

ALTO reposa entre montañas el cuenco del valle. Lo cubre la noche, llenándolo, y suavemente pesa sobre su soledad la columna de sombra que sostiene la bóveda estrellada. Un aire, como nunca seco y limpio, afina la transparencia del espacio, y como nunca también, los ojos del hombre contemplan tantos mundos en el vuelo de los abismo. Ni un leve mezcla de luna suaviza el absoluto de la noche. Pero por debajo de aquel éxtasis de la creación, como si el reposo fuese inconcebible en el universo, y aquella perfección postrera ofendiese a los destinos dispares y contrapuestos, la mente despierta de Manco Cápac se estremece como en un vaticinio trágico. El, vela. Su fraterna compañera, duerme. El presiente un mensaje, casi escucha palabras de revelación, casi ve un cuerpo de fuego, y lo ve también, abriendo la oscuridad con su llameante presencia. Pero todo ocurre en ese instante como detrás de los velos del sueño, y no sabe si aquellas creaciones que lo obsesionan llegan a él desde el mundo exterior, o si son sus propios anhelos que emanan de su frente, y toman cuerpo de vida al desprenderse del temblor de su sangre, arrastrándole lo más luminoso de su propio ser.

—Esta es o ha de ser una noche grande, muy grande —exclama de pronto, vibrando, como una llama en el silencio.

Y tomó la mano izquierda con la mano derecha, y oprimió una en otra, mientras se replegaba en sí mismo, buscándose adentro, muy adentro, en el ápice del ser, en el punto germinal desde donde el destino vierte el movimiento de las ideas y los actos. En el filo de los instantes nacientes. Y le pareció rozar su fluencia más íntima, palpar sangre y alma, y en aquel toque delicadísimo, se sintió en su propia raíz. Y exclamó entonces segunda vez:

—Esta es o ha de ser una noche grande, muy grande para mí y para esta tierra que me circunda.

Ninguna voz oyó intimamente, como en otros momentos, pero algo escuchó por debajo de las calladas voces, en el ámbito de lo inaudible, en la raíz de donde se levanta el sonido que crea la voz, cual si por debajo del germen de las palabras estuviese ya el pensamiento impensado, y como si ese pensamiento buscase, en el Verbo, la forma de su expresión. Y dijo:

—Debo aguardar aún. El aire vibra en este instante como yo mismo. Del contorno de las montañas sube, levedad finísima, un resplandor, más adivinado que percibido. Las estrelas se derraman hacia mis ojos, acariciándolos y besandolos. De la arcanidad de la sombra me llega y me invade una conmoción sobrehumana. La nieve de las cumbres fosforesce como moviendo velos de alma. La soledad entera me envuelve semejante a una música de brisa en derredor de un árbol. No podré dormir. Esta es o ha de ser una noche muy grande, y este ahuecado valle, circundado de montes, se me aparece como la matriz de una nueva existencia y de un tiempo nuevo.

Manco Cápac miró luego hacia la tierra. Junto a sus pies brillaba, más que en ninguna otra noche, la barra de oro, que allá, a orillas del lago Titicaca, le habia entregado su padre: el Sol. Curvóse hacia ella, la oprimió contra su pecho, la pasó por su frente, la unió a sus labios, y se dijo a sí mismo, mientras su hermana dormía, serenísima:

—Esta rama de oro será muy pronto, tal vez mañana mismo, la columna de sol sobre la cual ha de erguirse en Imperio de los Incas. En su torno, como irradiando de su resplandor, se extenderá, entre las montañas y sobre las montañas, el vasto país de Tahuantisuyo. Parecería que en este instante no es mi memoria la que recuerda ciertos hechos de por sí maravillosos. Dijérase que esos hechos no se han ido del tiempo presente, que me han acompañado con una realidad siempre vigorizada, como si un rayo quedase hiriendo el cielo. Porque veo al hombre sol saliendo del sol astro, y llega a mí como antes llegó para revelarme que yo era su hijo, y Mama Ocllo, su hija. Y su cuerpo era y es como una brasa vertical; y antes estaba tallado como mi propio cuerpo, así como ahora mismo lo admiro también, tallado como mi propio cuerpo, brasa vertical, fuego en identidad con mi fuego y con mi forma de hombre. Y si la llama de su pecho se hizo palabra, palabra de sonido en dibujo de sonido, de aquel mismo modo que mis oídos la recibieron y mi corazón la comprendió, y la hice mía por llegar desde la altura del sol, así la escucho ahora. Y me dice, cual antes me dijera:

—Crea otros hombres sobre los hombres, dales la luz que a ti te confío, adiéstralos en el pensamiento, en el orden, en la justicia, en la belleza, en el amor.

Y Manco Cápac, volvió a echarse entero sobre aquel mensaje, y otra vez lo hizo suyo, en lo más suyo de sus entra-



Escultura tiahuanaquense.

ñas. Y cuando le habló de los días no vistos sobre la tierra, de las ciudades jamás igualadas, de los campos benditos de frutos, de los seres redimidos en la luz, de una comarca solar presidida por el señor de los cielos, abrió su sangre para recibir dentro de ella tan alta revelación, abrió toda su sangre, para que penetrase en ella, fértil y germinal, la idea de aquel fuego divino.

Y Manco Cápac, extremando todo su ser hasta hundirlo entero en la hoguera invisible de aquella hora, se replegó más y más en sí mismo, y se vertió más y más, a la vez, fuera de sí mismo. Y sólo así pudo entonces convertir todo el pasado, no en memoria, sino en presencia. Y exclamó:

—Lo veo potente en su silencio, tras las palabras. Era y es el sol hombre emanando del sol astro con la misma substancia de la estrella del día. Y lo contemplo cuando tomó de su fuego para ofrecerme esta rama de oro. Una parte la tomó de su frente, otra de su brazo y de su pie, otra de su pecho, y otra de su boca, para que esa rama fuera el pensamiento, la acción, el amor y el verbo. Y era y es una rama perfecta. La rectitud, como la luz, a lo largo, en su extensión, y el disco del sol en cada uno de sus extremos. ¿No era el astro emanando de sí mismo? Y cuando la hubo puesto en mis manos, me dijo el señor de los cielos:

—Manco Cápac, hijo mío, toma esta parte de mi cuerpo y de mi esencia, y llevándola siempre contigo, recorre estas tierras que te circundan. Y cada vez que te detengas, o a la hora del amanecer cuando yo palpo y despierto con la vida la ceguera de tus dormidos ojos, y me ves en la luz, híncala en la tierra. Afírmala con tu siniestra y golpéala, una sola vez, con tu diestra. Y allí donde la rama del sol se hunda con sólo un golpe de tu mano, déjala oculta. Allí está y estará para siempre la raíz de tu raza incaica. De esa breve vara de oro solar crecerá el árbol inmenso de tu Imperio. Y mi luz llenará ese árbol del Tahuantisuyo, y tú serás la savia de su justicia y alimentarás sus ramajes. Y levantarás un templo de oro para mi ser de fuego. Y alargaré los días de tu vida para que subas la arquitectura de mi ley en el cuerpo de tu raza. Y en años de esfuerzo dictarás mi Verbo, y trabajarás con mi trabajo. Todos los días traeré para ti una aurora enérgica y fecunda. Levanta ciudades de piedra y allana caminos de roca. Labra para los siglos. Todo lo que no se hace en eternidad, es efímero. Reposa las cansadas noches para que las mañanas sean fuertes y creadoras. Vivirás como un rey en tus hijos. Por fuerza, tu obra ha de ser humana, y a veces estará en peligro de perderse, o yacerá dormida. Pero entonces te reencarnarás, y con otros nombres, tú y yo, volveremos a nacer. El hombre sol brotará del astro sol. Imanta[illegible]s pueblos, los erguirás en mi llama. [illegible] ese esfuerzo, en ese drama incesante, en esa lucha, lo grande será más grande todavía por el sabor de la sal heroica por la sangre derramada sobre la eterna fertilidad de la Madre Tierra.

Todo esto que veía y hablaba Manco Cápac, no era el recuerdo, no fluía de los ríos interiores de la memoria. No, era presencia no desvanecida jamás en el tiempo, era cosa de sangre en vitales estremecimientos. Y esa corporeidad del mensaje, y ese cuerpo inmanente e indisoluble labrado en fuego, luz y palabra, temblaba en una rutilación que le fluía en los nervios. Sí; pensaba y sentía en pensamiento vital: sí, esta noche tiene que ser grande, muy grande para mí y para la tierra que me circunda, pues jamás he llegado a una vibración más honda y verdadera, jamás he sido yo mismo con más intensidad, bajo la sombra astralizada, en este silencio sublime y extático.

De pronto sintió en la extensión de su carne y de sus nervios un chasquido de arco, seco y brutal, como si hubiese sido su propio ser en una distensión heroica. Giró, explorando todos los puntos del horizonte: oriente, norte, occidente, sur. Su mirada última atravesó entre dos montes, y fué segada por el filo de un rayo. Subía entre dos cumbres la tempestad. Negras nubes devoraban el cielo y cubrían de tintas cenicientas las praderas de los mundos. Los relámpagos, a miles, nerviaban los flancos del huracán, o certeros de odio, desgarraban las peñas salvajes, y rayaban a fuego el desafío de la cordillera. La noche íntegra, cortada en dos, se apretó hacia abajo contra el cuenco del valle, como un escudo de sombra, y sobre el ala enloquecida de la tormenta, en lo alto, se hizo invisible a los ojos del hombre.

Por el timbal del abismo corrían los truenos, y sus bloques de sonido se despedazaban en las murallas montañosas. El viento, ebrio y orgiástico, destrozaba sus propias alas, cribado de lluvia, castigando



Machupijchu. Un aspecto de la ciudad erigida en la cima de un monte.

a los arqueros de las nubes para excitarles el delirio de los relámpagos. Los ríos se ensancharon de vida y caudal, y saltaron como guerreros sobre sus propias orillas, y desarraigaban los árboles, y roían la tierra apretada de raíces, y tumbaban las rocas moliendo sus aristas sobre un fondo de guijarros. Las voces del agua bajaban desde las cumbres, hervían en las laderas ariscas y tajadas, caían al valle en coros vehementes, frotaban el lodo enturbiando sus gritos. No había descanso ni tregua en nada. El rayo, el relámpago, el viento, el trueno, el torrente, la sombra rota mil veces por el fuego epiléptico, el rodar de las rocas, el rugir de las cavernas, el ulular de los árboles, el sibilar de las grietas, todo creaba la emoción de un espasmo cósmico. Y las fuerzas negras y salvajes se precipitaban desde sus propias negaciones, voraces de horror y odio, sobre las potencias de la creación.

Cuando enmudecía el rayo, todo era invisible. Manco Cápac sólo podía contemplar hacia adentro su propio ser. Pero cuanto más comprimidas estaban las tinieblas palpándole la piel, más ignífero y luminoso era el extremo divino de su alma. Hijo del Sol, Sol él mismo por su roja sangre y sus fibras de fuego, no temía ni temblaba. Tal vez era un goce y un símbolo aquella tempestad. Porque él había sondeado la noche desde un principio. Y, vaticinador, había exclamado:

—Esta ha de ser una noche grande muy grande para mí y para la tierra que me circunda.

Algo mágico ocurría a sus pies. Con el relámpago o sin el relámpago, la rama de sol que le había confiado su padre, brillaba y ardía más que nunca. E irradiaba hacia su frente, hacia su corazón, hacia sus manos, y hacia su boca.

—Este es el momento, exclamó Manco Cápac. Esta tierra que pisan mis pies, luego de tantas tierras holladas, me está llamando desde yo no sé qué profundidades de sus entrañas creadoras. Aquí aguardaré la luz del día, aquí se cimentará el destino de Tahuantisuyo.

Volvió los ojos hacia el oriente. Envuelto en la lluvia y en la sombra, dardeó su mirada hacia la rama de sol, y se sumergió en un silencio infinito. Y a poco vió crecer junto a él, y lo vio con un ver de realidad idéntico a la certeza del tacto, un árbol que subía de la rama de oro, anchísimo el tronco, inmedibles los ramajes, incontables las hojas y los frutos, vigorosa la raíz que hendía la tierra y se afirmaba en ella mordiéndola en ansiedad y en deseo. Y las nubes negras eran abiertas por las ramas doradas. Y la sombra era rechazada por el follaje. Y las áureas frutas se apoyaban en las faldas de los montes. Y una savia celeste y terrestre se veía fluir desde abajo y llegar desde arriba, estrechándose en un solo licor, copioso y fecundo.

Entonces apoyó su oído en el tronco, y escuchó la voz del prodigio:

—He aquí tu imperio, ¡oh fundador! Así crecerá, así abarcará esta tierra, así será el templo de vida que tú mismo has de erigir. Como yo vencí a las sombras, así triunfará de ellas tu destino. Tu hora va a comenzar.

Y escuchada su palabra, el árbol se desvaneció como un sueño. Pero Manco Cápac sintió que lo recibía en sí misma sintió que aquel árbol había sido su propio ser, su pensamiento, su emoción, su esperanza, sintió que aquella penetración heroica en las tinieblas era el símbolo de todo su sentido que la raíz era su seguridad, el tronco su firmeza, las ramas la expansión de sus deseos, los frutos la madurez de su obra.

Un rayo hendió la tierra junto a él. Un trueno enorme resquebrajó los timbales de la montaña. Pero Manco Cápac, imperturbable, apoyó su coraje en los pumas y en los jaguares de su sangre, y miró hacia oriente.

De pronto, entre dos montañas, como por la curvatura de un enorme arco guerrero, comenzó a entrar la luz. Corría la aurora con los puños dardeantes, adelantándose al arquero de los días, y al apoyarse en el perfil de la cordillera, sus pies de chispas desataban el incendio. Y detrás de la aurora llegó el arquero innumerable, locas de flechas las manos y temerario de coraje el arco. Nunca los ojos del héroe habían contemplado un combate más purpúreo y sublime. Las nubes de profunda negrura, apoyadas en su fatalidad, avanzaban hacia el flechero para devorar su cuerpo incandescente. Mas éste, sustentado en el vértigo de su fuerza, enfilaba a millones sus saetas, y deshacía en agua y niebla el cuerpo de la tempestad. Y clavó el dardo de la luz en el vigor de las tinieblas, y las tinieblas se desplomaron en el valle y se hundieron en el limo y en la roca. Y clavó el dardo de la llama en las nubes, en los charcos, en las lagunas henchidas, en los ríos furiosos, en las cenagosas praderas, y subía el vapor en una fuga sin fin, hasta que la tierra regresó a su equilibrio. Y clavó el dardo de la quietud en el viento ebrio y crispado, y todo el frente del huracán se volcó como la ceniza de un ala.

Reposó después el arquero del sol. Se apoyó en su arma como un deseo se inclina sobre la voluntad fatigada. Respiró el triunfo de su luz benéfica sobre las sombras de la negación. De inmediato tomó de sí mismo a la belleza y la esparció desde montaña a montaña, desde cielo a tiera, desde la más breve mariposa a la más escondida flor. Abrió los colores cerrados por la noche. Rozó en luz las esparcidas flores y saltó de ellas el vuelo del perfume. Y por fin, arracándose una llama de su propia llama, creó con ella el amor, acostándolo en el seno infinito de la Naturaleza.

Mas en el puño cerrado del arquero del sol, quedaba aún una flecha divina. Era roja en el extremo, veteada de azul en su vara y terminada en un arco donde se extremecían todos los colores. Era la vida. Entre todos los dardos solares, era también el dardo esencial, la síntesis del ser, el número perfecto de donde emanan todas las cifras de la creación. Cuando el arquero lo contemplaba, su irradiación fluía por todo el universo, y bajo el roce de esa luz todas las cimientes eran fecundas y las alas del tiempo vibraban: era el dardo de la Voluntad. ¡Sin él, nada existe!

Miró el arquero del sol hacia Manco Cápac, lo ciñó en el velo de su contemplación, lo fue oprimiendo hasta hacerlo todo de su fuerza, derramó en su frente la misma potencia y el mismo pensamiento con que había destrozado y humillado a las sombras, y luego, empulgó el dardo de la Voluntad, lo apoyó en el tendón del arco, apuntó hacia lo más alto del cielo, y lo desprendió irreprochablemente, mientras que el chasquido del arma retembló en las cumbres. ¡Inmensa parábola la de aquel dardo! Jamás la resolución se había contraído y distendido tan violentamente. Rozó los cielos ideales, y llamado por la Tierra, en ella cayó, en ella se hundió, y en ella fue la simiente solar, la simiente de pueblos y de siglos.

Manco Cápac observó meditó, soñó acaso, y tomando la vara de oro, el divino gajo de sol, de un solo golpe lo hundió, magnífico, en la roca.

Y dijo:

—Roca de pueblos en el valle sublime de los Andes, roca de siglos bajo el Verbo del Sol, tú serás el cimiento de mi estirpe y la fortaleza de mi raza.

Subió, después, ambos brazos, y temblándole las manos en el aire, trazó con ellas, frente al sol, el círculo divino del astro. Como si tuviese al astro mismo entre sus palmas lo fue bajando hasta apoyarlo en la tierra, y le dió por centro la rama de oro, ya sumergida en la roca.

La Tierra entera sintió el tacto de su amante, vibró como en un beso mágico, y levantando una voz, dijo a Manco Cápac:

—Toma de mis piedras, toma de mi oro, y construye tu templo y mi templo al padre Sol. Que los pueblos rodeen su luz, hasta que esa luz sea el alma de los pueblos. Sólo entonces yo, la Tierra germinal, habré cumplido mi obra.

Carlos SABAT ERCASTY.

Montevideo, 8 de abril de 1955.

Especial para EL DIA.

INFORMACION LOCAL



La Comedia Nacional que recibió en Chile su primera consagración ante público y críticos extranjeros, llegó de vuelta a Montevideo apareciendo parte de su elenco en esta nota tomada en el aeropuerto.



En el Salón de la Comisión Nacional de Bellas Artes fue inaugurado el segundo Salón Bienal de Artes Plásticas, pronunciando el discurso de apertura el Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, doctor Rémolo Botto.



En brillante acto fue conmemorado en el Ateneo el 24º aniversario de la República Española, formando parte del estrado el señor Félix Gordon Ordax, presidente del Gobierno en el destierro, con otras ilustres personalidades.




Dormitorio inglés en cedro modelo SHERATON.
Cuerpo central avando mts. 2.15 .... $ 1.550.
Comedor inglés en cedro. Aparador bajo, bargueño,
mesa fija y 6 sillas. Excelente terminación .... $ 1.390.
Un reino hogareño
con muebles ingleses
Comedor inglés en cedro. Aparador cuerpo alto,
mts 2.15, mesa coliza y 6 sillas. Lustrado en Caoba $1.500.
Artefacto bronce
empavonado
5 luces ......$ 96.
Artefacto
bronce empa-
vonado
6 luces $ 173.
Comedor inglés en cedro. Aparador alto, mts. 1.60
Mesa fija 1.60 x 0.90 maciza y 6 sillas SHERATON $1.250.
Juego de living inglés, Modelo DOBLE CHAPA, tapi-
zado en fino cuero marroquí. Sofá de 3 asientos con
dunlopillo. Respaldo a burleto ....$1.496.
Artefacto bronce
empavonado
6 luces....$116.
Araña en bronce
FLORENTINO 5 luces
cada pantalla. $ 123.
Juego de living "SHERATON", sofá de 3 asientos,
tela en estilo, fina tapicería y lustre caoba .... $ 650.
Piezas sueltas para completar ambientes
Moderno revistero
en cedro
lustrado......$ 75.
Berger inglés
con brazo entrante,
respaldo capitonée,
tela en estilo....$ 210.
Revistero sencillo,
en pino
lustrado fino $ 28.
Butaca berger Inglesa,
patas de mayor a menor,
virolas de bronce,
tela en estilo,......$ 190.
Piezas sueltas para completar ambientes
Mesa living Ingl cedro
Lustre caoba... $ 88.50.
Mesa living Ingl
cedro. 0.60 diám $157.
Nido de 3 mesas,
modelo VILLA
en pino lustrado $ 46.-
Mesa living, Ing. Sheraton,
cedro 0.70 x 0.35 x 0.60 $ 78.50
Nido 4 mesas. Ingl.
Lustre caoba..$ 86.
Mesa living Ingl
mts 0.40 diám
en cedro $ 73.50.
LA BOLSA DE LOS MUEBLES
J. González y Cía. FABRICANTES
URUGUAY Y RONDEAU
PREGON


EL BUEN GUSTO AQUI,
se engalana con
MUEBLES INGLESES DE...
Mesa 1.50 x 0.85, 3 caj. en cedro. $ 240.
Silla en cedro virolas de bronce, .. $ 80.
Juego de escritorio inglés Modelo FACULTAD en cedro, escritorio 9 caj. 1.60 x 0.70 biblioteca 1 60 mts., butaca tapiz cuero .... $ 1.180
Juego de escritorio inglés Sheraton, escritorio de 1.35 x 0.85, biblioteca 2 cuerpos, con una butaca, lustre caoba .... $ 1.130.
Silla Inglés Sheraton en cedro tela en estilo $ 65.
Aparador Inglés en cedro. Cuerpo alto de mts. 1.10 $ 390.
Mesa libro Inglesa en cedro lustrada, metros 1.20 x 0.60. $ 200
Butaca en cedro, Inglés Sheraton. Tela del mismo estilo .... $ 110.
Mesa de luz biblioteca inglesa (interpretación moderna en lustre caoba .. $ 115.
Ropero Inglés, en cedro de 1 plaza, mts. 1.25 en lustre caoba . $ 358. En lustre habano . $ 330.
Cama Inglesa de 1 plaza en cedro, con respaldo en placas, perilla y columnas altas ... $ 233.
Dressoir Inglés patas torneadas, de mts. 0.70 en pino lustrado . $ 83.50
Marco espejo estilo Inglés . $ 42.-
Dressoir Inglés bombé con cajón, patas estriadas, en cedro .. $ 162.-
Marco espejo estilo Inglés $ 83.50.
Butaca Inglesa HIPPLE WHITE, en cedro. Tela del mismo estilo $ 165.
Mesa libro Inglés en cedro lustrado de mts. 1.20 x 0.60. Tapa maciza en placa giratoria $ 270.
Silla Inglesa HIPPLE WHITE en cedro, con asiento burlette. Tela del mismo estilo .... $ 111.
Cama Inglesa de 1 plaza en cedro. Respaldo placas con perillas y columnas altas. Lustre caoba .... $ 222.
Lit de Repos estilo Inglés en pino, lustre caoba u otros colores ... $ 99.
LA BOLSA DE LOS MUEBLES
J. González y Cía. FABRICANTES
URUGUAY Y RONDEAU
PREGON


Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS
UN AVION PRIVADO VOLABA SOBRE EL CONGO. SUS PASAJEROS, STERLING SHEA Y GEORGIE FEARONS, HABÍAN APOSTADO QUE PODRÍAN VIVIR EN LA SELVA SIN AYUDA, POR UN ESPÁCIO DE TIEMPO YA DETERMINADO.
TÍO BERNIE QUIEN FUÉ EL INSTIGADOR DE ESTE EXTRAÑO DESAFÍO Y PILOTEÓ EL AVIÓN HASTA LA ZONA INEXPLORADA.
BERNARD SHEA DESDE LOS CONTROLES MIRABA A LA LEJANIA."ACÁ ESTAMOS MUCHACHOS. SALTEN EN CUALQUIER MOMENTO-SIEMPRE QUE NO HAYAN CAMBIADO DE PARECER...
"AH-QUIZÁS PODAMOS CONSIDERAR..."BALBUCEÓ GEORGIE."ESO NUNCA!"REPLICÓ STERLING."ADIÓS TÍO...NO VEREMOS DENTRO DE UN MES"...
RÁPIDAMENTE AHORA, STERLING"LE DIÓ CORAJE"A SU AMIGO TITUBEANTE Y LOS DOS HOMBRES SALTARON AL ESPACIO.
SE ABRIERON LOS PARACAÍDAS Y TODO PARECIÓ MARCHAR PERFECTAMENTE... PERO ELLOS NO PUDIERON OIR LA RISA BURLONA QUE SE PERDIÓ EN EL INTERIOR DEL AEROPLANO...
"ADIÓS POR CIERTO, MI ESTÚPIDO SOBRINITO...PARA SIEMPRE! COMO ÚNICO HEREDERO DE TU FORTUNA, ESTOY SEGURO DE QUE MI PENA NO TENDRÁ LARGA VIDA!"
DICK VAN BUREN JOHN CELARDO 7-18-1219
...MIENTRAS TANTO TARZÁN OBSERVABA DESDE LA DISTANTE SELVA. INDIFERENTEMENTE...PORQUE NO IMAGINABA QUE ÉL TAMBIEN, SE VERÍA PRONTO ENREDADO EN EL DIABÓLICO PLAN ASESINO DE BERNARD SHEA.

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.



Medias

PRESENTAMOS UNA GRANDIOSA SELECCION QUE INCLUYE TODOS LOS PRECIOS, TODAS LAS MALLAS Y COLORES Y LAS MAS RECIENTES NOVEDADES EN ESTE DETALLE DECISIVO DE LA ELEGANCIA FEMENINA

Medias de Nylon "Dupont" en todos los colores y talles; el par — **$ 2.75**

Medias en fina malla de Nylon, colorido de actualidad; el par — **$ 3.25**

Medias de Nylon "Stoking's", malla 51; el par — **$ 3.75**

Medias de Nylon "Dupont", indicadas para vestir; el par — **$ 4.20**

Medias de Nylon muy fina, colores de gran moda; el par — **$ 4.50**

Medias de Nylon "Shrinkproof" ideal para paseo; el par — **$ 4.80**

Medias de Nylon Kayser "Sheerlon" en todos los colores y talles; el par — **$ 5.10**

Medias de Nylon Tymsa muy fina, costura negra y costura al tono; el par — **$ 5.40**

Medias de Nylon, malla 66, de gran elasticidad; el par — **$ 5.80**

Medias de Nylon Tymsa, malla 54/15 Denier muy indicada para gran vestir, el par — **$ 6.20**

Medias de Nylon Christian Dior, calidad "Vermeil", le insinuamos para su realce; el par — **$ 6.70**

Medias de Nylon Christian Dior, finísima malla sin talón, calidad "Platine" la media de las elegantes; el par — **$ 7.25**



OTRAS MUCHAS CALIDADES COMPLETAN NUESTRA EXTENSA SELECCION

CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Av. Agraciada 2302 esq. M. Sosa

Intervenga nuevamente en la popular audición PASE POR LA CAJA que se irradia Lunes, Miércoles y Viernes a las 12 y 30 horas por C X 16 RADIO CARVE

AV. AGRACIADA 2302
Esq. Marcelino Sosa

AV. GRAL. FLORES 2341
Esq. Marcelino Berthelot

AV. 18 DE JULIO 1601
Esq. Carlos Roxlo